

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 17 de Marzo de 1898

Núm. 382

Á LA SALIDA DEL TEATRO



— Cuando vivía mi marido no faltaba *otro* que me ofreciese el brazo; desde que soy viuda tengo que llegar sola al coche.



Cartas á mi prima

Pepa adorable : Veo con disgusto que no te das á partido, porque imaginas, sin duda, que á mí me han puesto el alma hosca los pesares. Pues no das en el clavo. Yo tengo el espíritu tal, que baila constantemente de contento. Regocijo es lo que hay en mi sér.

Por contra, tú guardas la candidez pueril de los que viven muy pegaditos á la madre tierra. No es disparatado eso; aquí, en las poblaciones populosas, se vive tan en contacto con la mentira, con los adobos y con los convencionalismos, que acaba uno por olvidar el recuerdo de la naturaleza. ¿A qué sabe? ¿Cómo se huele? Todo se falsifica. Los pintores han mezclado y diluido de modo el color, que acabas por confundir las manzanas con las piedras; en la plaza no ocurre otro tanto; pero Dios te libre de abrirlas y de hincarlas el diente; hasta los huevos te los dan artificiales; para oler una flor has de tener el olfato

muy fino. Yo paso años enteros sin ver el campo, porque para respirar el aire libre de los prados verdes y esponjosos es preciso meterse en ferrocarril. ¡Pobres pies si nó! ahora los zapateros han dado en la flor de *construirte* unas botas tan endiabladas, que en saliendo de la tienda donde las compras, has de ir derechito á casa del callista.

Tú misma, infeliz, si entre nosotros vivieras, perderías esa frescura que añade guapeza á tu simpático busto. Aquí hay mujeres muy hermosas; pero también te digo que pasma el ver como agotan los drogueros sus colorines y mejunjes.

Nó, no creas que exajero ó que me arrastra el *prurito* de echar piedras al tejado del prójimo. Ya sé que á un sabio, de los que tratas en la intimidad de tu biblioteca, se le ha ocurrido decir que á los hombres los vemos más malos de lo que son realmente. ¡Buenos digiste! Si no te pinchan al darte la mano, es porque ahora se usan mucho los guantes.

Ya veo que te sonries y que me preguntas con aquel soberano desdén de tu boquilla de ángel: ¿Pero hombre, tan perdido está eso? La cosa momentáneamente no presenta compostura posible. Hemos llegado á lo agudo de la decadencia; pero yo en secreto te diré que todavía confío. No quiera Dios que me equivoque; pero las válvulas están abiertas y se escapa á toda prisa el vapor de la tontera nacional. Ya te lo iré demostrando. Pero ya ves, que soy optimista. Ahora si que viene que ni de molde, una frase de Lamartine: «La juventud es una promesa».

*
* *

Pero volvamos á tu asunto, que es lo que á tí y á mí nos importa.
Me dices que tu hijo es bachiller, y tú ignoras que no están los tiempos para bachi-

lles, como lo estaban en los de Figaro. Ni aun doctores valen. ¿Quieres peor recomendación que decir que estás doctorado para gente que no ha aprendido todo lo que debe enseñar un maestro de escuela, ó lo olvidó por estimarlo conocimiento inútil? ¡Ay, prima! ¡Si yo pasara revista á todos los que escriben en periódicos y en libros! Puede que sí, que llegue á tan fastidioso y prolijo examen, si mis razones, con toda su sana intención, no te convencen; pero te agradecería que me relevases de tarea tan horrible, porque se puede afanar el hombre buscando oro fino, pero cuesta mucho trabajo revolverse en las cloacas.

Tú quieres valerte de que te doctoraran el año pasado; ¡tonta! Andan por esta unos cuantos señores que se creen estar al cabo de la calle (y es cierto, ciertísimo que lo están en otro orden de ideas) que te llamarían «la doctora». Tu hijo posee sobrada ilustración, pero eso es lo que le perjudica; tiene alma de artista y siente todos los nobles entusiasmos de la juventud. Pues aquí los perdería estérilmente.

Y los perdería por varios motivos que me guardaré yo de enumerarte á la ligera; pero, en fin, justo es que arriesgue, en guisa de exposición, algunas consideraciones.

Primero: Camilito posee una dosis de buena fe envidiable, y sobre eso plausible, ¿á qué negarlo? pero que maldito si sirve para entrar en lucha con quien antes las hace que las piensa y tiene su alma enteramente entregada al demonio de la vanidad, de la ignorancia y del orgullo. Tu hijo traería á este infierno toda la pureza de que han saturado sus pulmones las brisas del Sur, en la inmensidad de unos campos donde se juntan las sales del mar con los aromas de las montañas. No sirve. La pureza es entre nosotros algo así como un espantajo ó como una niña mimada, pero bobalicona.

Segundo: Tengo por cosa cierta que el muchacho fía en sus conocimientos, en su amor al estudio, para vencer, lo cual sería tan sensato como que el que entra en riña para disputar un hueso contara con sus puños y con sus pulmones. Pues también se equivoca.

¿Cómo se le permitirá que esté bien preparado, que además de ser docto y discreto en el arte de escribir, consiga que el público le entienda, le aplauda y le adore? En lo que haga demostrará, aplicando las extensas facultades de su entendimiento, que posee dotes de inteligencia nada comunes, y eso no tiene perdón. Si es el último, aparecerá á los ojos de los imparciales tan alto como el primero, si no es que por único se le tiene en el orden de las principalías. ¿Cómo, pues, no han de anularle los que ignoran aún aquello que aprende el párvulo en la edad del trompo?

¡Ay, prima! Así comencé yo mi empresa; yo, ignorante y torpe como soy, tenía por imposible asaltar puesto alguno, y cuando me apercibía á la prueba, sufrí escalofríos, pensando que era necesario, por ejemplo, entrar en un periódico poniendo sitio formidable y agotando todas las municiones del arsenal de la suficiencia. ¡Qué si quieres! En esos, que yo imaginaba invencibles castillos, se cuelan las sabandijas por todos los lados.

Es verdad, ya lo he dicho, que son las sabandijas, y que tienen tanto de mezquino y de ruín, que no es menester abrir brechas para que logren el placer de colarse.

Pero eso es precisamente lo que daña y lo que hace inútil el intento de los que, como tu hijo, vienen bien pertrechados y municionados; porque esos establecen su tren de sitio con arreglo á todos los adelantos de la táctica.

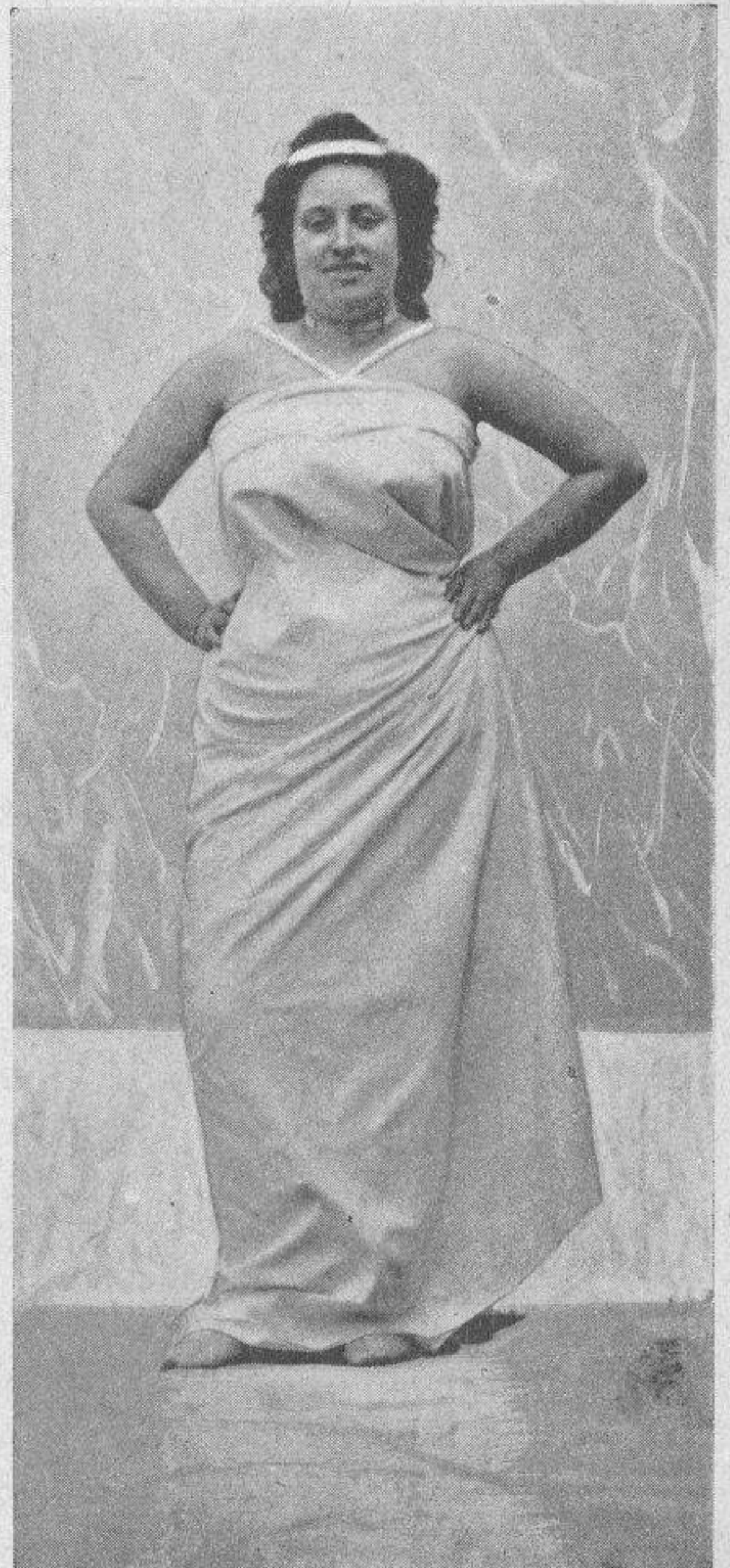
¿Sabes en lo que es necesario andar muy listo y ser maestros y doctores? En una gramática parda que dejaría tamañitos por lo pequeños á Lepijo y al propio Merlín.

En... saber estirar la casaca ó limpiar el polvo.

Y como este es punto que merece tratarse con mucho despacio, suspendo por hoy aquí mi plática, prometiéndote entrar pronto en pormenores.

Un abrazo de tu primo,

CLAK.



Para el otro mundo

I

ALMA DE OBDULIA. — *Donde se halle*

Aunque parezca intento de coloso hacer que unos renglones escritos en la tierra, corran esa distancia infinitamente grande que nos separa, no lo tengo por imposible; las ideas son así, como especie de espíritus pequeñitos que, revoloteando por la imaginación, se desarrollan y crecen tanto, que llegan á atravesar ese límite que para nosotros es la muerte: por eso tengo la persuasión de que tú has de leer lo que mi mente concibe y mi pluma traduce para cumplir una promesa mutua que nos hicimos amorosamente, antes de que tendieras el vuelo que te llevó á esos ámbitos desconocidos para mí. Lo que tengo por más que difícil, es que tú escribas narrándome el vivir de las almas, sea cualquiera el paraje donde mores; no obstante, yo espero carta hasta que la muerte me dé el abrazo frío, como de hielo, que ha de privarme de respirar, llevándome, si nó á tu lado, quizás cerca, cerquita.

Desde que he comenzado á pergeñar estas líneas, parece que haya acudido con priesa grande á mi fantasía, un enjambre de señores angelitos pertenecientes á los gremios de arquitectura y pintura que me vuelven loco, entreteniéndose en reconstruir las escenas de dolor desarrolladas por aquellos días que para tí fueron los últimos.

¿Qué no lo crees? Pues atiende: ahora parece que te veo despertar del primer colapso, la cabecita sobre la almohada, el rostro blanquizco como si anunciara el mármol de la tumba, los ojos como dos cuentas grandes de vidrio, sin aquel mirar que producía vértigo; la nariz tajante y aquella boca parecida á la puerta del cielo por donde iban saliendo ángeles en forma de palabras, quedaron, á consecuencia del derrumbamiento del gallardo edificio de tu sér, torcidas como si hicieran una mueca á la sociedad y á la miseria humana.

¡Cuánto lloraste, brujita del Cielo, porque la lengua se volvió de trapo y no podías hablar sinó estropajosamente, y el brazo siniestro y la izquierda pierna se revelaban contra tu voluntad y se quedaban quietos, siempre quietecitos! «Hijo, —me decías con trabajo— soy medio monigote. medio persona. No tengo más que dos remos disponibles». Luego pasaron días, pero no muchos, y una madrugada empezaste á sentir horrible cerco de hierro que te oprimía y te estrujaba la cabeza, zumbiar de oídos, embotamiento, pesadez, hormigueo; la fisonomía bulbosa empezó á perder la color de cadáver, tomando un tono violáceo, la frente arrugada, las manos frías. Quedaste abrazada á mí sorbiéndome con aquella brillantez de tu mirar fijo; y tras de una contorsión horrible, sudando hielo, caiste como cae un bloque en el mar, desde la altura de la vida al fondo de ese precipicio que han dado en llamar muerte, con sólo un estremecimiento y un vagido.

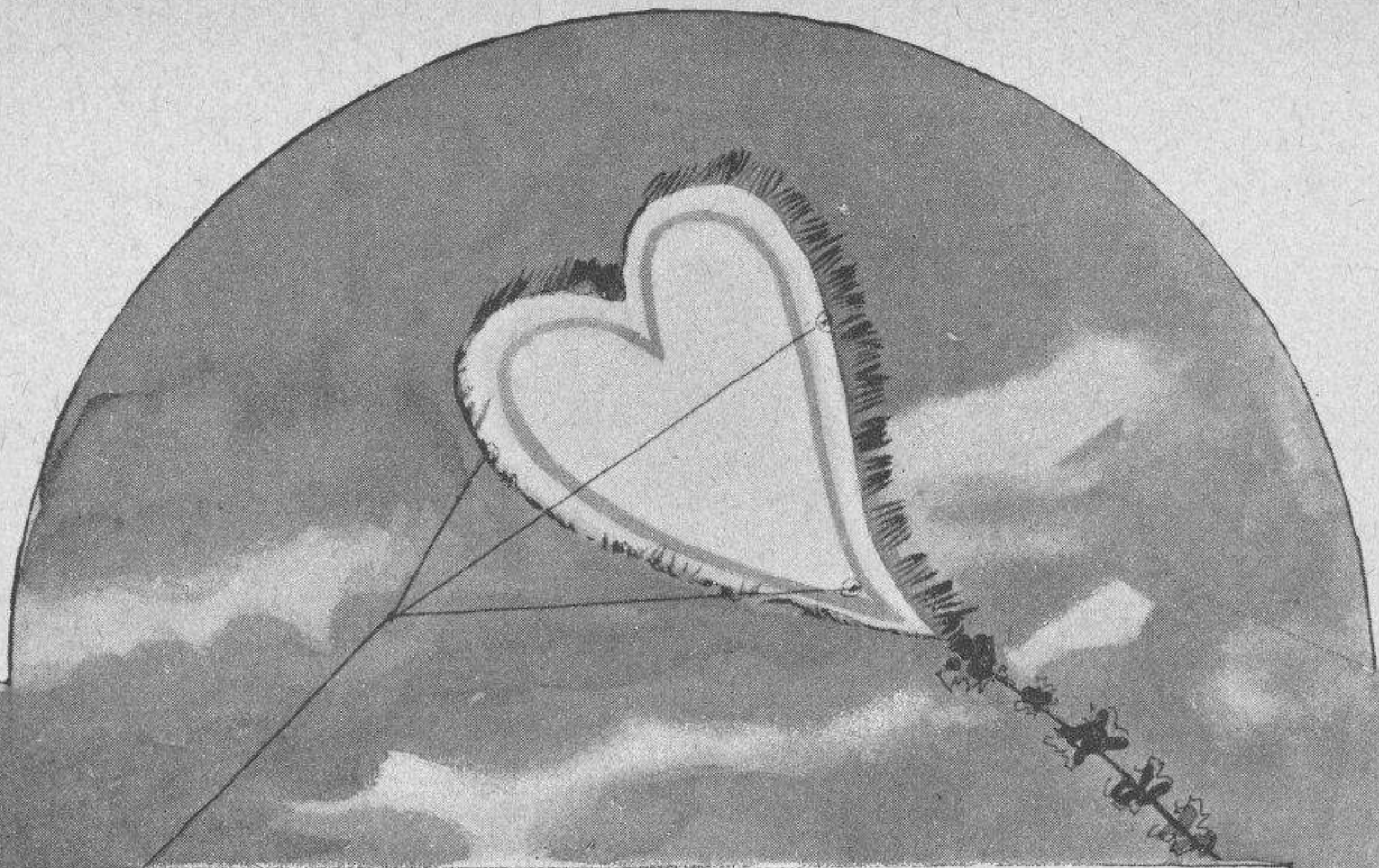
¡En qué guisa quedó tu rostro!

¿Te acuerdas?

Recogí en un beso aquel suspiro ardiente que llevaba más fuego que un volcán, en una revolución ígnea. Quedé como un niño abrazado á tí, hociqueando tus mejillas, tu frente, tus labios, tus ojos, y te contemplaba como dormida por dulce sueño, haciéndome una muequecilla. Te colocaron en la caja blanca. ¡Si supieran que una mañanita, estando en el cenador de tu jardín, nos sorprendió aquel chubasco



¡Si fueran siempre tan inofensivas sus distracciones!



cuando leíamos con fruición la escena del Paraíso, ¿sabes? aquello de la serpiente que se enrosca y... en fin, ya te acuerdas; pero eso queda entre Dios (que es muy bueno) tú y yo... ¡Qué lindamente *feucha* (sí *feucha*, aunque te enfades) estabas en el ataúd, vestida de color de nieve, con las guedejas caídas sobre el pecho, la boquita torcida, haciendo aquella garatusa, y tus manos, que parecían las de un esqueleto, dentro de guantes ajustados. Una lluvia de nardos y gardenias había caído sobre tu lecho, emanando perfume delicioso que resbalaba por tus mejillas y viniendo luego á besarme á mí. Te llevaron los cuatro hombres que para disfrazar el luto de su vestidura pusieron, antes de entrar, una blusa azul hasta los pies y cargando sobre sus hombros todo el peso de tu cuerpo, te colocaron en la carroza que procesionalmente te llevó á la sepultura. Confieso que, creyéndote dormida, no me horrorizó hasta entonces tu muerte, pero al verte marchar sentí un escalofrío como latigazo dado en la columna vertebral, y me dió un miedo que en la soledad de tu compañía, no tuve mientras te velé á la temblorosa luz de los blandones, sin oír otra cosa que el isócrono *tic tac* del reloj. Por la persiana pude verte partir, encerrada en el lindo estuche cubierto de flores y sentí frío en el corazón, que se me iba achicando, y fuego en los ojos, que reventaban. Lloré.

Ya ves, santita, que no te traiciona mi memoria.

No te acordarás tú de mí; ya esos señoritos ángeles te habrán borrado mi recuerdo.

Mira, almita, hoy, sólo te escribo como muestra de palabra fiel y como prueba de no olvidarte, pero en lo sucesivo haré historia de mi vida y verás, verás cuanto he de decirte.

Y como ya sabes que tengo la virtud de los celos, te suplico que hagas la merced de no dejar que con ternezas y carantoñas te enamore algún angelito, de esos que coquetean en redor del Trono, haciéndose los bobitos.

Con que tontina, que nadie se propase contigo, si no quieres que dé la queja al Rey de los Reyes para que te encierre en el cuarto oscuro, porque también ahí tendréis cuarto oscuro ¿verdad?

Y no olvides á tu grandísimo. — *Tontito*.

Su amanuense

GERARDO DE ANA.



El canto de la alondra

Una comedia en tres actos

ACTO ÚLTIMO

CUADRO PRIMERO

Camila entra en el gabinete íntimo, donde se halla Pepa, como desplomada en el canapé; en el aire de su rostro se descubre el recelo y el susto que la tienen en tortura; todo es zozobra en su sér anonadado. Incorporáse viendo á su amiga y le tiende las manos en actitud suplicante.

CAMILA. — ¡Pronto! Levántate, no perdamos tiempo, necesito que salgas.

PEPA (*nerviosa y presa de horrible agitación*). — ¡Era él!

CAMILA. — El, sí. ¡Pero no tiembles! Se te conoce la inexperiencia del pecado (*riendo*). Sé virtuosa, chica: no sabes engañar. La mujer no debe descubrirse nunca, ¡harto trabajo tiene si la descubren... si la pillan con las manos en la masa!

PEPA. — Te prometo que no vuelvo al taller.

CAMILA. — Todo lo contrario. Pedro duda, á pesar de mis protestas. Dice que te ha visto, que te conoce de tal modo, que te tiene tan metidita en el alma... ¡Si supieras cómo me habló de tí! ¡Con qué fuego, con qué acendrado cariño y con qué extremas muestras de pasión!

PEPA. — ¡Pobre Pedro! Yo no le haré daño nunca. Corro á verle y á decirle la verdad, á confesarme á él. Me perdona en cuanto le explique que estuve al borde del abismo y no resbalé por la pendiente hermosa de la tentación. No caí.

CAMILA. — No harás eso. El arte de arrepentirse lo posee la pecadora. Tú representarías á los ojos de tu... hombre, que está que se lo llevan los diablos, un sainete ridículo. Lo peor es que acabaría en drama, y no quiero padecer un ataque de nervios al encontrarme en los diarios con los pormenores de otro crimen pasional.

PEPA. — ¡Jesús, me asustas!

CAMILA. — ¡Ay, querida! Figúrate lo que son estos asuntos: el Mal se apodera de nosotras y cedemos. Después no se conforma con nuestra entrega, necesita reír, burlarse, gozar en la sombra del poder que le hemos dado sobre nuestros espíritus. Son raras las mujeres que disimulan su caída; el secreto del amor... es secreto á voces.

PEPA (*con rabia*). — ¡Pero si yo no he pecado!

CAMILA. — A mí me convences, pero á él no le tranquilizarán tus disculpas. Los celos no son razonables. Si Avanto fuera tu esposo, yo te aconsejaría que le pidieras



En la huerta



Probando las fuerzas

perdón; siendo lo que es, te expones, chica, te expones á recibir una puñalada. Los amigos son más exigentes, más... bravos. En fin, sigue mi consejo y no cometerás ninguna torpeza. Te vas ahora derechita al estudio de Gonzalón. Le explicas el caso, le ruegas que no te descubra, que no te persiga, que te deje en paz. Y con Pedro, si algo te dice, te muestras irritada, le haces sentir el enojo de tu dignidad ofendida por sus sospechas, y le recriminas á tu vez mostrándote celosa y haciendo como que descubres en sus inculpaciones un juego infame para disimular su desvío y su inclinación á otra. Yo me encargo de lo demás.

PEPA (*poniéndose de pie y arreglándose un poco delante del espejo*). — Lo intentaré, pero no te respondo...

CAMILA (*ayudándola*). — Hazlo, hazlo. Para mentir siempre tiene la mujer boca de ángel.

PEPA. — Ángel malo... demonio ¿no?

CAMILA. — Él te ayudará (*besándola y despidiéndola*). Anda sin cuidado. Pedro aguarda en el salón y me será fácil darle palique durante tres cuartos de hora. Pero que vayas ¿eh?

PEPA (*en voz baja*). — Sí. (*Sale*).

CAMILA (*vistiendo rápidamente ropa de calle y con sonrisa irónica*). — Aquí el diablo soy yo. ¡Ah, Julio César, qué estúpido eres!

CUADRO SEGUNDO

Taller de pintor rico y mimado. Reina un desorden artístico en los adornos. Por todos los ángulos perezosas. Cuadros de diferentes artistas y copias del Museo en las paredes. Al fondo una chimenea que arde en áscuas rojas; sobre el mármol un gran reloj de bronce. En el testero principal un gran lienzo que pinta Enrique Gonzalón canturreando. Al entrar Pepa se levanta, abandona sus pinceles y se dirige á su encuentro.

ENRIQUE. — Pensaba en usted. ¡Era preciso que usted volviese á mi lado, porque es usted el aire de primavera que rejuvenece los campos y los perfuma; yo necesito sentir en mi alma el aliento adorable de juventud que se exhala de su corazón! ¡Yo no sería artista si usted no me amase!

PEPA (*rechazándole suavemente*). — ¡Por Dios, Enrique! Deje usted á un lado todas las galanterías y escúcheme. Es absolutamente necesario que niegue mi presencia en su casa, que no nos volvamos á ver; ni usted me conoce, ni yo le he visto nunca. ¿No es así, caballero?

ENRIQUE (*con acento doloroso*). — ¿Y mi cuadro? ¡Usted es... la inspiración que alimenta la fiebre de mi espíritu!

PEPA. — ¿Y mi honor? ¿Y mi vida?

ENRIQUE (*estrechándole el talle y arrastrándola á una otomana, detrás del biombo, donde la sienta*). — Su vida es mi vida, y yo amo la vida porque la amo á usted, Pepa. Hasta ahora no he sentido el placer de existir; hasta ahora no he adorado todo lo bello que Dios puso en la Naturaleza, y ahora la adoro porque en los encantos que descubre mi alma está con su recuerdo vivo el reflejo de la hermosura de usted.

PEPA (*desalleci'a*). — ¡ Señor, señor! Esas palabras... jamás han resonado en mis oídos. Las fuerzas me abandonan. No sea usted malo, Enrique, no abuse de mi debilidad. ¡ Déjeme salir!

ENRIQUE. — ¿ Pero no ve usted que eso sería lo mismo que echar estúpidamente el rayo de sol que viene á alegrar nuestra retina, acariciándonos, fortaleciéndonos? No

tema usted. Dígame que me ama y la defenderé contra todo peligro; en el amor no hay pecado, su honra es mi honra y yo la poseeré con orgullo. Para los enamorados hay siempre un rinconcito muy dulce en el cielo. Dios nos manda amar.

PEPA. — ¿ Porqué habla usted de Dios si es el demonio quien mueve su lengua?

ENRIQUE (*besándola*). — ¡ Qué adorable criatura! ¡ Si usted supiera cómo la quiero! (*estrechándola con mucho juego*). No, no, usted no sabe la ternura que hay en mi alma; usted no sabe aún cómo es la dicha de ser adorada por un hombre...

PEPA (*desasiéndose con resolución y poniéndose de pie*). — ¡ No puedo más, no puedo más! ¡ Siento un desmayo que me quita todas las fuerzas! Y es preciso ¿ lo oye usted? (*retorciéndose las manos*) es preciso que me defienda contra la tentación.

Enrique, levantándose, intenta sujetarla nuevamente, y en el punto que logra ceñirla abandona los brazos viendo descorrerse el portier y presentarse á Pedro Avanto y Camila. Entran cogidos. Camila ríe estrepitosamente. Pepa se deja caer llorosa y espantada en la otomana.

PEDRO. — Sigue, hombre, sigue. La escena es sorprendente; vales más, mucho más en ese arte que en el otro.

CAMILA. — ¿ No necesitan ustedes testigos para la boda?

ENRIQUE. — Señores, ésa es una broma de mal género. Un abuso de confianza que no estoy dispuesto á tolerar.

PEDRO (*fuera de sí*). — ¿ Pues qué abuso será el que tú has cometido, canalla?

ENRIQUE. — ¡ Pedro!... ¡ que te arrojé á puntapiés por la escalera!

PEDRO (*tratando de abalanzarse á Enrique*). — ¿ Tú?

(Pepa se levanta y coge nerviosamente á Gonzalón).

CAMILA (*sujetando á Enrique murmura á su oído*). — Prometiste... amarme.

PEDRO. — Es verdad, ya estoy sereno... fué una ola de sangre.

CAMILA (*irónicamente á Enrique*). — ¡ Anda tonto, si no venimos á reñir! Venimos á participarte... nuestra boda.

ENRIQUE (*irritado*). — ¿ Vuestra boda? ¿ Has dicho vuestra boda? No, no lo has dicho, y te arranco la lengua si lo repites.

CAMILA (*riendo*). — ¡ Adiós sultán! ¿ Pero cuántas mujeres nece-



Una broma... pesada

sitas tú? Toma tila para que se te aquieten los nervios, y te participo que Dios castiga y no á palos. Mientras tú te entretenías en enamorar á esa pazguata, como el más tonto de los Tenorios, Avanto, dejándose de palabras melosas, rendía la posición entrando por la ventana. ¡Ya ves si corrió, que aún llegamos á tiempo de verte á tí suplicando, poco menos que de rodillas, para que te abran la puerta!

ENRIQUE (*á Pepa*). — ¿Pero los ve usted, señora, y qué cínicos?

PEPA (*en voz baja*). — ¿La amas aún?

ENRIQUE. — ¡La he querido tanto! Pero ya no, ya no. A tí, á tí te adoro.

PEPA (*con energía y en actitud airada*). — ¡Mientes! Es el despecho lo que te hace

hablar así, como antes era la lujuria quien ponía tanta miel en tu boca. ¡Te desprecio... y á ellos los perdono!

Enrique cae anonadado en una perezosa.

CAMILA (*á Pedro*). — Vámonos. Que se quede con la expiación de su delito (*estrechándole nerviosamente y arrastrándole fuera*). — Yo te quiero á tí, á tí...

ENRIQUE (*retorciéndose con furia y dejando caer la cabeza sobre sus manos ardorosas*). — ¡Cobarde! ¡Cobarde!

PEPA (*acercándose y abrazando su cabeza amorosamente*)— ¡Pobrecillo, cuánto sufre!

FIN DE LA COMEDIA

J. F. LUJÁN.



— ¿Quién es el más tonto de los concurrentes?



Él. — ¡ Si yo supiera qué llaves abren el cielo de su alma !
Una (á otra). — Dile que las hemos dejado en la Parroquia, y hay que ir á la vicaría.

El suplente

Harapiento y aterido, caminaba hacia una de las aldeas de Sevilla el gallego Lucio. La fuerte lluvia y el poner las riadas intransitables los caminos, por lo mucho que engruesan el caudal del Guadalquivir las vertientes de Sierra Nevada, y Sierra Morena cuando el tiempo está de perros, hacían todo paso peligroso.

Sin encontrar un cortijo donde guarecerse aquella angustiosa noche, lo rudo de la jornada hubiera dado al traste con todas las energías de su espíritu, si la robustez, poco común, del caminante no le hubiese ayudado á sacar fuerzas de flaqueza.

En apuntando el día, la luz del amanecer empezó á mostrarle en distintas direcciones los picudos campanarios de las iglesias, que como gigantes se levantaban en aquellos llanos poblados de olivos, y Lucio cobró nuevos bríos, y pensando en las delicias de un buen fuego que le desentumeciese y de la manducatoria que le fortaleciera el estómago, aceleró el paso, y casi casi apretó á correr.

En el primer villorrio que alcanzó y que era muy corto en caserío, veíase á las gentes mohinas y cabizbajas. Había un reo en capilla, un pobre diablo que tuvo la desastrosa ocurrencia de cometer un doble asesinato.

Pero no era eso precisamente lo que contristaba á los honrados vecinos del lugar, sino que según una costumbre entonces muy en boga, no habiendo



verdugo, porque todos excusaban tan ruín oficio (alrevés

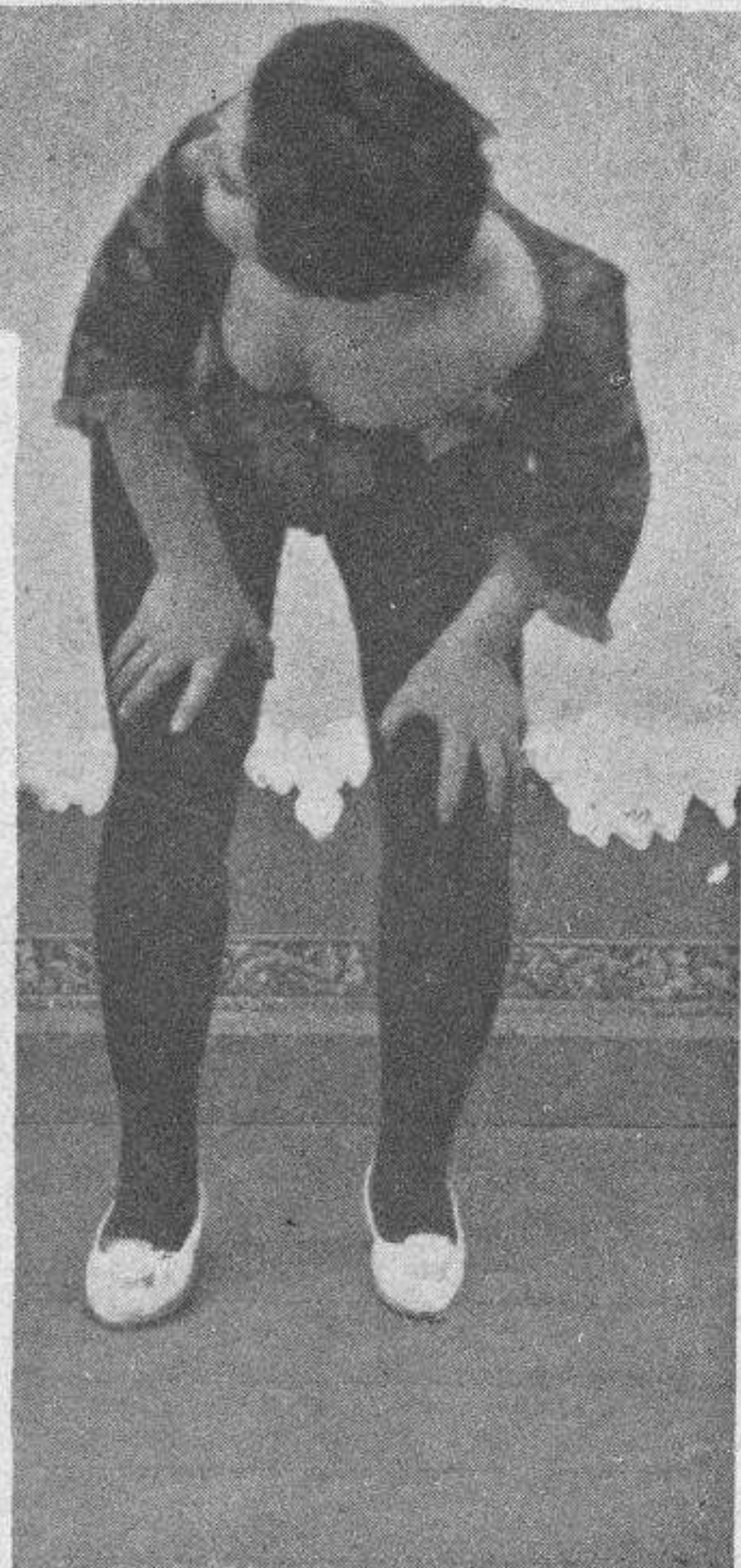
de ahora que aspiran á las plazas hasta personas de carrera), fué preciso designar por sorteo uno que ejecutase el fallo terrible.

Y la suerte, que es á veces más chancera y burlesca que un andaluz, se fijó en el alcalde.

Hombre de estrecha conciencia y de exacerbada pasión religiosa, hallábase afligidísimo cuando se presentó Lucio en demanda de hospitalidad.

El Sr. Facorro (que así se llamaba el Alcalde), estuvo á punto de mandar noramala al pedigüeño, pero pensando que podía suplirle en aquella comisión que nadie del pueblo habría desempeñado por ningún dinero, y le acogió cariñosamente.

— Te protejo, si te brindas á sacarme de un apuro. Se trata de ajusticiar á un reo. Lucio le miró fijamente y se rascó la cabeza sin responder. El otro insistió:



— Te trataré á mesa y mantel y no te faltará una regular propineja.

Con lo desfallecido que se sentía, y el temor de tener que echarse á andar unas cuantas leguas en tan miserable estado, Lucio dejó que le convenciera el Sr. Facorro, que á la verdad agotó todos los recursos de su charla picaresca y viva.

El gallego se vió tratado durante dos días á cuerpo de rey.

En la mañana del tercero cumplió su compromiso. El reo murió vilmente, según la sentencia que fué cumplida.

Al bajar el último peldaño de la escalera, recibió Lucio una onza de oro, que le dió el Alcalde en recompensa de su trabajo, despidiéndole.

El gallego echó á andar, con su vara, que era todo su hatillo, al hombro, pensando que había hecho un gran negocio por tan poco trabajo. Pero en seguida se le ocurrió que el Sr. Facorro podía haberse disgustado por la poca repugnancia que mostró en aceptar todo el dinero, y volvióse en su busca para sincerarse, desandando el cuarto de legua que llevaba recorrido.

Le encontró en la plaza congratulándose de que la Providencia le hubiera deparado al gallego, y quitándose la gorra, le largó este discurso:

— Sr. Alcalde: en verdad que me estoy *pesarosu de haberle tumadu* la onza; pero si usted necesita *outra* vez de mis servicios podré *hacerlu* más barato.

Ahorcaré á todos los de su casa, á razón de dos duros por cabeza... y á usted gratis.

José SELMA ORTIZ.

Cantares

Vibraciones temblorosas,
que salís de mi guitarra,
decidla que yo me muero
por su carita gitana.

Siempre me pidió la pobre
más caricias que dinero.
Estaba sola en el mundo
y estaba ansiosa de besos.

Al recordar lo que hicimos
me da vergüenza mirarla;
y ella al verme se sonríe...
no sé de qué tiene el alma.

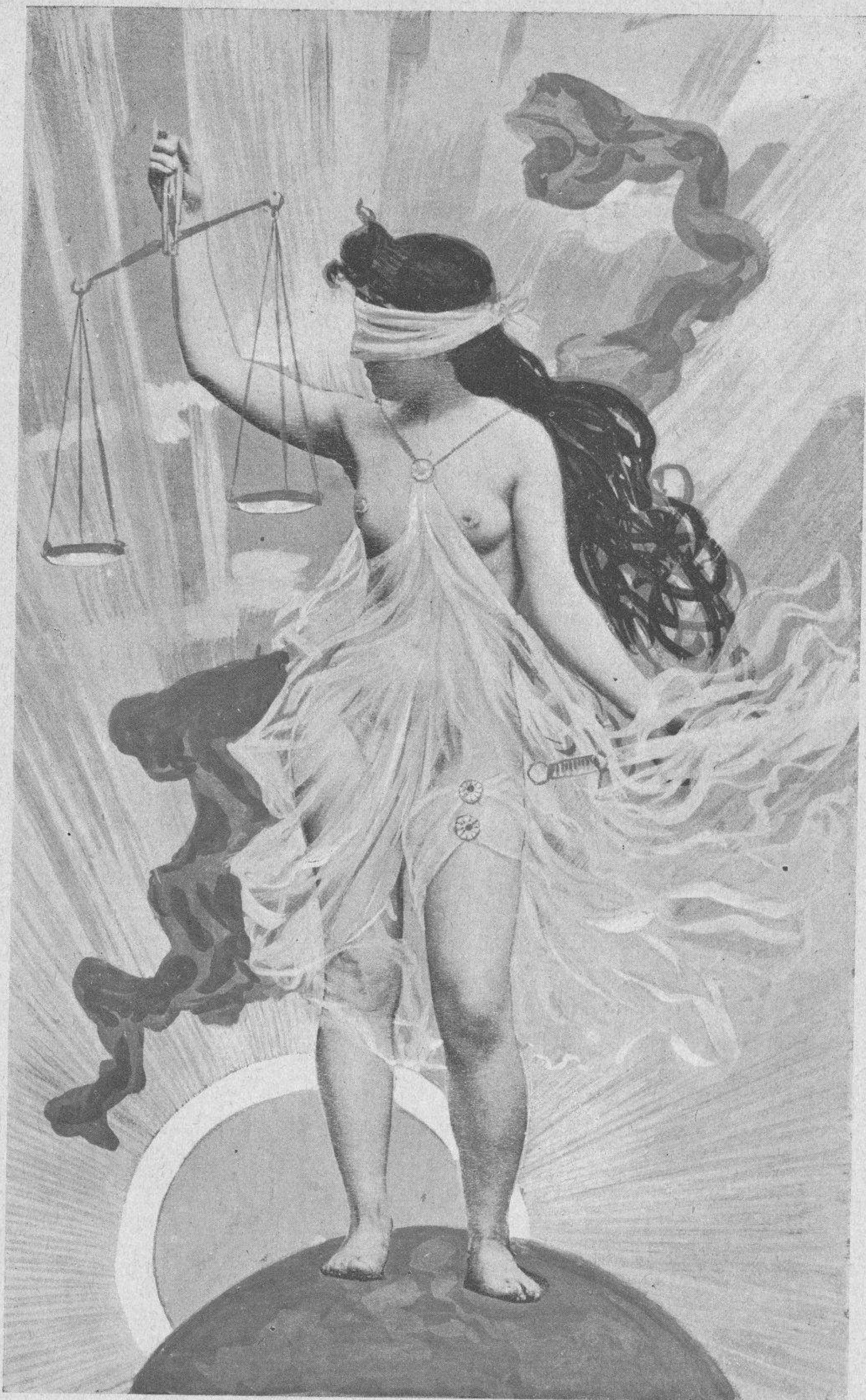
No me vengas con caricias
ni con suspiros hondos;
sé que si vuelvo la espalda
á escape te vas con otro.

No aborrezco tus caricias,
madre, es que aquella se ha muerto,
y tus besos me enloquecen
pues me recuerdan sus besos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



La maga de los campos



La justicia

Otra carta...

Hace algún tiempo me encontré en la calle una carta abierta, cuyo contenido comuniqué á los lectores de LA SAETA. Anoche me encontré otra, y como no tenía á mano otro tema para hilvanar mi artículo semanal, he creído del caso aprovechar el hallazgo : esto es, entregar la carta á los cajistas.

Allá vá.

Sr. D. Prudencio P...

Mi querido amigo: Te escribo la presente para que me saques de un conflicto tan peliagudo, que por mi propio cacumen no sé como resolver. El caso es arduo y he pensado que tú, hombre experto, de claro ingenio y avezado á los más intrincados problemas de la existencia, podrías fácilmente, con un buen consejo, indicarme el camino que debo seguir.

He aquí el caso:

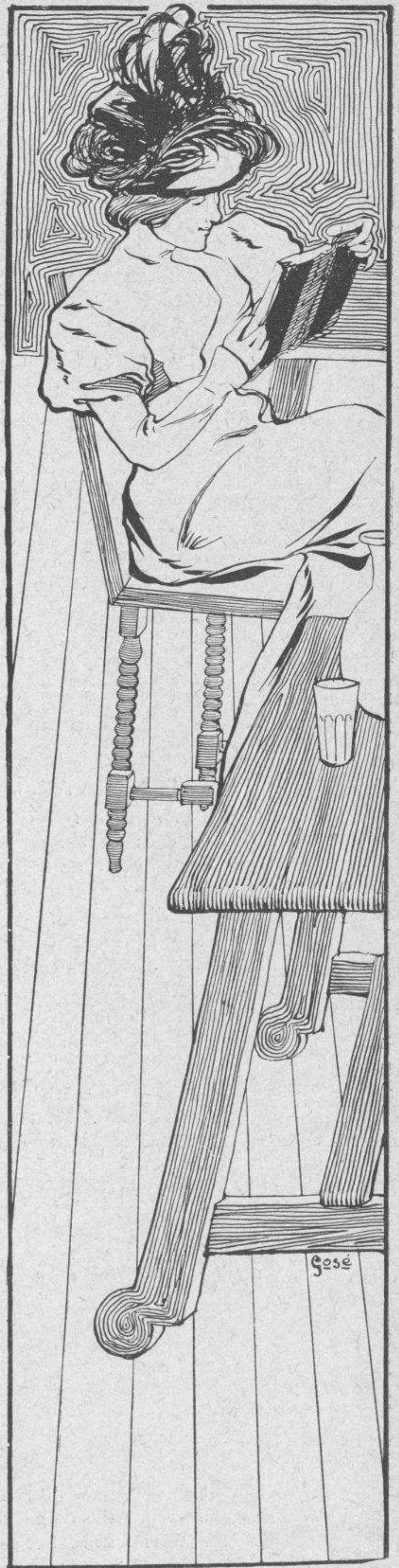
Mi mujer me falta. Sí, Prudencio, la honesta compañera de mi vida, el ángel de mi hogar me está *componiendo* la cabeza, como diría nuestro condiscípulo Martínez, de una manera verdaderamente abusiva y que me tiene muy incomodado, te lo aseguro.

¿Te extraña lo que te digo?... pues figúrate lo que me vendría á mí de nuevo, el día que hice el descubrimiento. La verdad... me causó un efecto desastroso. Esas cosas impresionan siempre desagradablemente y más cuando uno vive desprevenido, como yo vivía en tal materia. Aun constándome, como me constaba por ejemplos sacados de aquí, de acá y de acullá, que el mundo anda muy pervertido y que no hay marido invulnerable creía yo... en fin, que estaba á cien leguas de sospechar mi infortunio. ¡Cómo había yo de pensar ni remotamente que mi Clarita, tan juiciosa, tan recatada, tan severa y hasta tan arisca, en apariencia al menos, fuera capaz de olvidar tan radicalmente sus deberes conyugales!...

Y sin embargo, los ha olvidado: ¡tengo pruebas, Prudencio, pruebas irrefutables!... Cartas cantan — catorce tengo en mi poder — y además mis ojos han visto lo que han visto... Y como no me es posible dudar de la traición de Clarita, me veo en el doloroso extremo de no saber qué hacer.

Porque es el caso, y ahí está el tremebundo conflicto, que el cómplice, ó mejor dicho, el co-autor de los desmanes de Clarita es ¿quien dirás tú que es? pues... D. Rogelio: sí, amigo mío. D. Rogelio en persona, mi superior jerárquico, el Director del ramo, el hombre que desde hace seis años se erigió en protector cariñoso é influyente, proporcionándome empleo, ascensos, comodidades, recursos, todo en una palabra. Desde que él me tomó bajo su égida bienhechora, no he tenido yo por qué preocuparme de los azares de la política que, conforme tú no ignoras, ocasionan tantas perturbaciones en la sociedad presupuestívora. A mí no me han dejado una sola vez cesante: ¡cá; que me han de dejar! D. Rogelio es hombre de tal arraigo y tal influencia, que ningún ministro nuevo se atrevería á tocarme á mí, protegido suyo. Así me lo ha dicho él mismo una y mil veces. Y lo cierto es que á cada cambio de situación, en lugar de una cesantía, me he encontrado siempre con un aumento de nómina.

¡Y tan complaciente, por otra parte, tan atento, colmándome á todo instante de obsequios y de fine-



Una página agradable



zas!... A cada punto llama un ordenanza á mi puerta, y siempre con algo en las manos y la misma fórmula en los labios: «de parte de D. Rogelio...» — Y un día es un caponcito cebado el que llega; otro día, un cajoncito de embutidos extremeños riquísimos; otro, media docena de botellas de vino tinto superior ó un clarete delicioso, ó bien me envía dos butaquitas para el Real, cuando no un

palquito para Apolo ó dos contrabarreras. Pues y en cuanto á fumar... Hace por lo menos un quinquenio que mi boca no ha chupado un puro que no fuese habano legitimo. En mi mesa de escritorio, tengo media docena de cajas sin abrir todavía conteniendo brevas y regalías. Para que veas tú.

Y á todo esto, Clarita que viste primorosamente y está hecha una real moza, aunque me esté mal el decirlo, sin pedirme jamás un cuarto. Hay mujeres que soban y jalean y marean á sus maridos ó los ponen en mil aprietos con la cuenta de la modista, la factura del zapatero ó la nota del tendero... Pero ella nunca. Y esto, la verdad, es una ventaja inapreciable.

Pero ahora con lo que he descubierto, me veo en un compromiso moral horroroso. Porque si cojo las cartas reveladoras y armo un escándalo y les atizo una causa criminal á los culpables, mi posición social y mi bienestar se van á todos los demonios. Si callo y cierro los ojos y dejo que las cosas sigan como hasta ahora, me parece que represento un papel poco decente. Renunciar á la existencia cómoda y regalona á que estoy acostumbrado lo encuentro muy doloroso. Seguir viviendo al lado de una mujer «que la pega», sabiéndolo uno y haciéndose el disimulado, pareceme violento.

¿Qué harías tú, puesto en mi caso? ¿Te darías por enterado y te separarías de tu infiel consorte, ó bien obligarías á tu honor á hacerse el sueco?...

Esperando de tu talento y de tu ciencia mundana un buen consejo, se repite siempre tuyo y afectísimo amigo.— TEMISTOCLES G...

Por copia conforme

JUAN BUSCON.

* * *

Se parecen las mujeres
á las cuerdas de guitarra.
Si aprietas mucho, se rompen,
si las aflojas, no cantan...

Me pasa con mi gitana
lo mismo que á las cerezas...
No pueden dejarse juntas
porque en seguida se enredan.

J. ENRIQUE DOTRES.



La primavera en Dinamarca

Notas histórico-literarias

Allá á mediados del siglo xvii, por la época en que estaban recientes las delicadas poesías de Malherbe, en que Rabelais había conmovido á la sociedad con su *Gargantua* y su *Pantagruel*; cuando Corneille y Racine entusiasmaban al público en el teatro, y Bossuet y Flechier conmovían á los devotos desde el púlpito; cuando Boileau era el dios de la crítica y de la sátira, y Molière ponía en ridículo á las literatas cursis con su *Les femmes savantes* y á los malos poetas con *Le Misanthrope*; por aquella época existían ya esos botarates del periodismo, comidos de la envidia, paradigmas de la ignorancia supina con pretensiones de sabia, roedores insaciables del talento y del arte verdadero, sabandijas de la crítica—como les llamó el inolvidable Alarcón—y enemigos ensañados de todos los talentos, artistas, literatos, de todos los que despuntaban á su alrededor.

Modelo de esta clase de bichos sociales eran los periodistas de *Trevoux* que, dando palos de ciego, como vemos que hacen hoy otros muchos periodistas, que no son sino descendientes de los de *Trevoux*, fustigaban á diestro y siniestro, sin ton ni son, al modo de los chicos de hoy, que se meten á críticos sin haber cursado la escuela,—aparte de los que han entrado en la Universidad, sin que la Universidad haya entrado en ellos, que son los menos. —

De estos tales no puede decirse lo que escribía Malherbe con motivo de la muerte de una niña, á quien quiso mucho:

et rose, elle a vecu ce que vivent les roses,
l'espace d'un matin.

Nó. Estos se propagan como el trébol entre el trigo, como la cizaña, como toda

mala hierba. Como es lo malo, precisamente, abunda que es un primor; y ya que en talento no puede, quiere ahogar lo bueno en fuerza de número.

Pero los citados periodistas de *Trevoux*, —con cuya denominación puede comprenderse á todos los que no son periodistas

más que de nombre, á todos los que escriben sin saber, y roen en los rincones de las redacciones su impotente envidia, á lo pésimo, á lo repugnante, á lo despreciable, — se encontraron con un señor Rousseau (no vayan ustedes á confundirlo con el autor de *El contrato social*, que este es otro Rousseau distinto) que los dejó tamaños, como van ustedes á ver. No era este Rousseau — que se llamaba Juan Bautista — un gran poeta; pero sí un terrible satírico, que dijo lo siguiente á los periodistas apestantes:

Petits auteurs d'un fort mauvais journal, — qui d'Apolion vous croyez les apôtres...

Pero como no todos mis lectores tienen obligación de saber francés, más vale que yo lo diga esto en español, en una traducción, como mía, mala; pero que tiene el mérito de expresar muy cla-

ramente el pensamiento de Rousseau, y de venir como de molde para algunos críticos anónimos, que se creen críticos porque han aprendido á colocar una detrás de otras algunas palabras, aunque luego resulten mal colocadas, aunque la gramática no parezca, y aunque muchas de estas palabras no se sepa si son españolas ó coftas.

Ahí va el epigrama:

Oh! pequeños redactores
de publicación tan mala,
que os creéis del dios Apolo
los apóstoles sin mancha:
tratad ¡ por Dios! de escribir



— Será un amor de bastidores...

con no tan pésima traza
y de los otros autores
no digáis una palabra!

En nuestros pobres escritos
con impertérrita saña
os esforzáis por hallar
algo en qué emplear la sátira;
nosotros, por el contrario,
algo á que dar alabanza
buscamos en vuestras obras
y ¡ en verdad ! no hallamos nada.

Tiene el mérito este epigrama, desgraciadamente muy poco conocido, de que siempre es de actualidad.

Tuviéranlo presente muchos *escritorzuelos* y no darían lugar á que el público se cansase de sus sandeces y tuviese en mal concepto la prensa periódica, que es una gran cosa si se la maneja como es debido; pero que cae en lo ñoño, *sandío*, disparatado y anodino cuando la pulsan manos inhábiles, manos de gente que escribe artículos (¡!) cuando todavía no ha aprendido á redactar

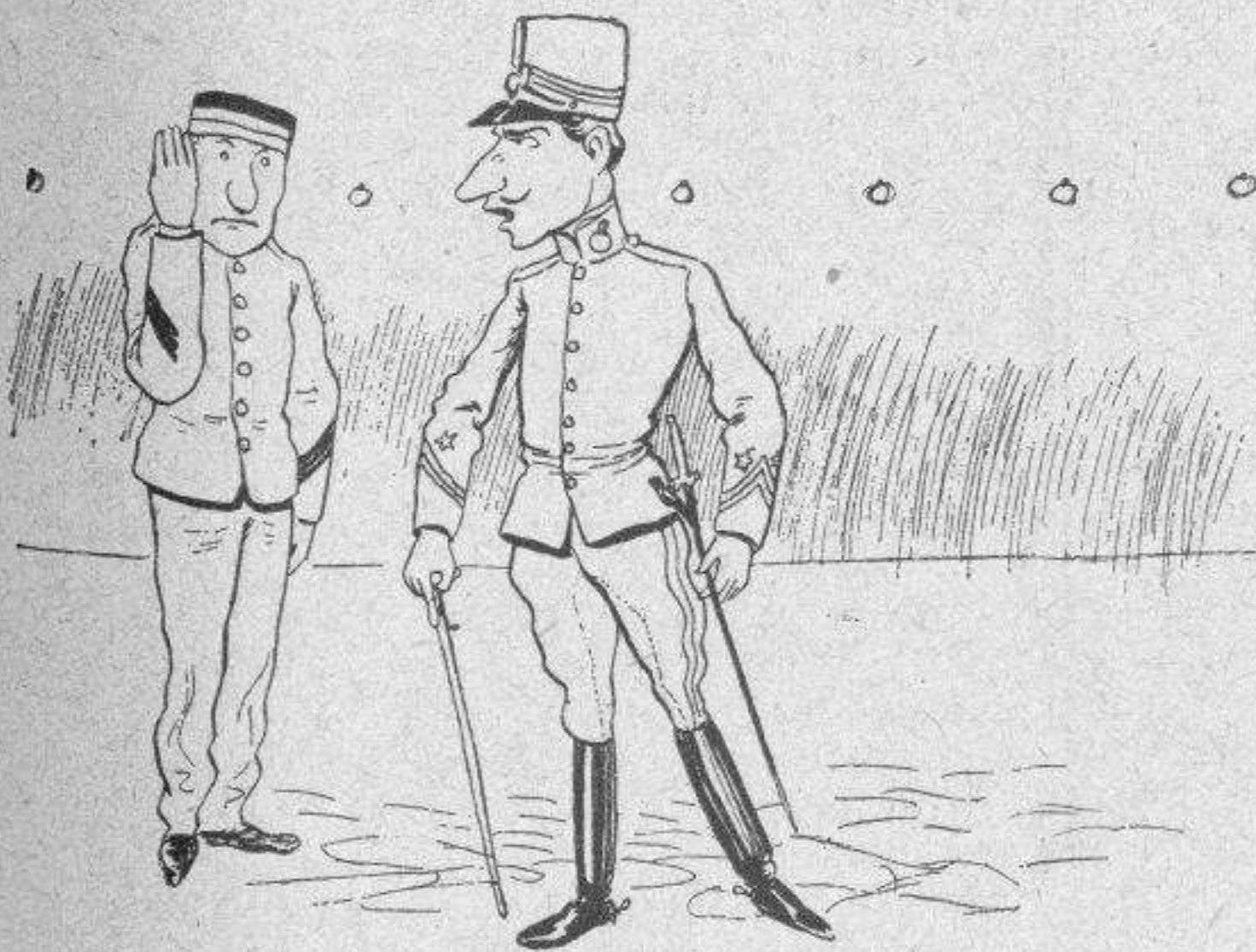
una mala carta, ni sabe siquiera lo que es un periódico, ni conoce, sino de oídas, el idioma castellano.

En cada generación y en cada ciudad debía haber un Rousseau, no para molestar á estos periodistillas, que no pueden inspirar odio, ni envidia, ni saña, sino para burlarse de ellos con aquella conmiseración y lástima absoluta que merece lo que es rematadamente malo por condiciones del temperamento, y por mala organización cerebral. ¿ Qué culpa tienen ellos ? Ninguna. Bien lo conoció Juan Bautista, que les tuvo verdadera compasión durante su vida, á pesar de los muchos epigramas que escribió contra ellos.

Verdad que hacen daño, porque son la polilla de la prensa y echan á perder el mismo periódico en que escriben; pero ¿ hay más que dejarles gozar idiotamente de su propia majadería ?

ESCALPELO.

DE LIMPIEZA, POR XAUDARÓ



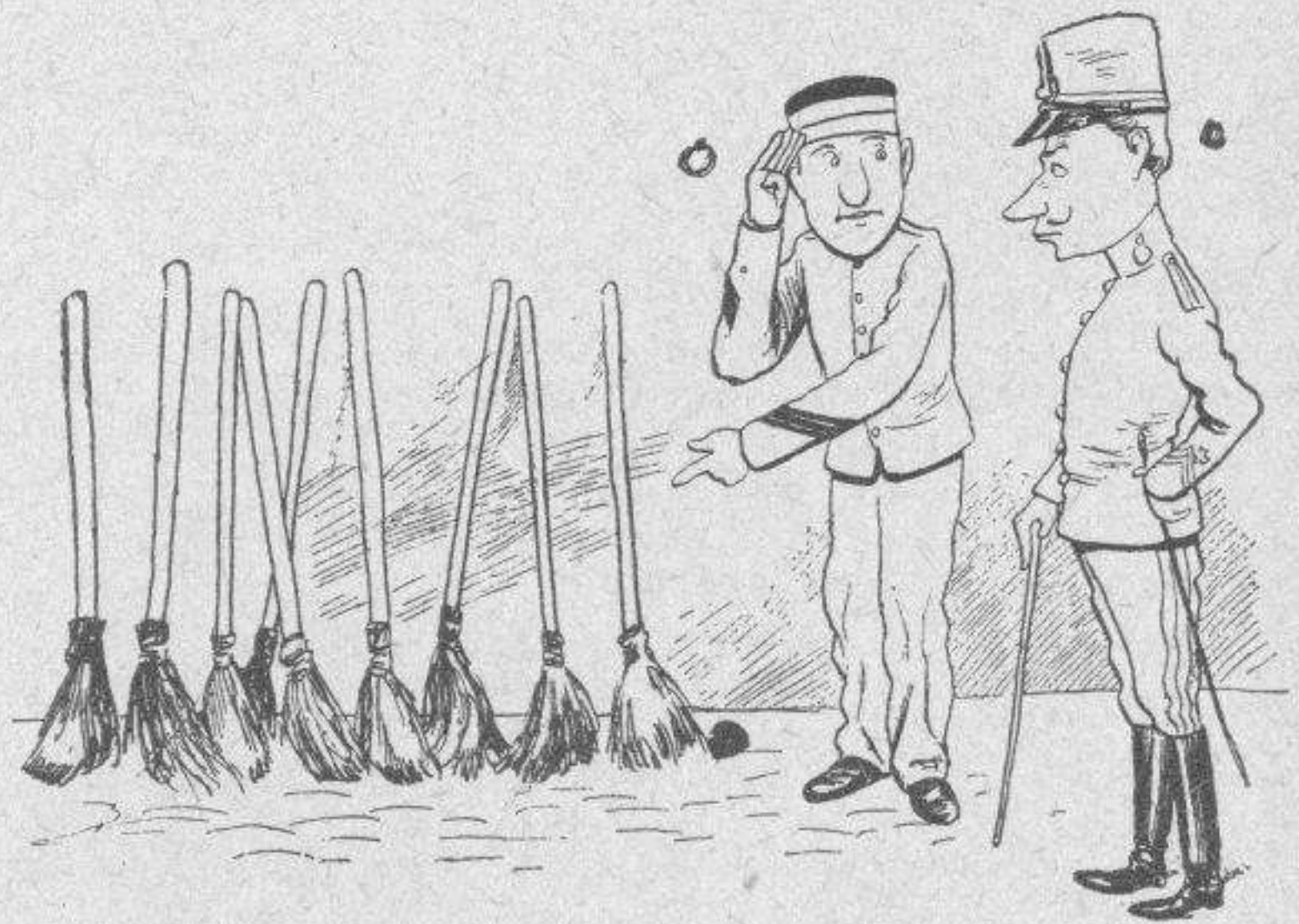
— Ya lo sabe V., cabo. En el patio sobre todo, mucha escoba.



— Ma dicho el abanderao que *quíe* mucha escoba en el patio...



— ¿ *Pá* qué querrá el tío tanta escoba ?



— *Miosté*, mi tiniente, *nay* más que estas escobas.



Advierto á las señoras que envían cartas á Clak protestando unas y poniéndole más feo que un chino, adhiriéndose las otras, que no creemos en la legalidad de las firmas si no vienen autorizadas por tres notarios.

Es inútil perder el tiempo, y además en la broma hay delito que pena el código por usurpación de estado civil.

A algunas de esas escritoras, que no lo hacen mal por cierto, se les ha caído en el pliego, mientras escribían, un pelo de la barba.

Y francamente, del lobo, ni el pelo; vale la pena de que se enmiende el refrán.

Aparte de eso, Clak no está ahora para meterse en libros de caballería, puesto que un señor candidato á la diputación á Cortes le ha mandado dos amigos para que le pidan cuenta de la contestación á Mariana Santurce.

No puedo decir más porque el asunto está *sub-judice*, pero ya daré cuenta del resultado de las negociaciones.

Dios dé á nuestro amigo Clak un buen ojo ó una buena hora.



Un gitano quiso dar lecciones de equitación á un gitanillo, y para ello, sobre un burro lo montó.

— Para correr — le decía — no hay dificultad mayor, el asno mismo te lleva, porque la locomoción por instinto la practica *dende* que se mueve el sol.

— ¿Y si me caigo?

— Te agarras.

— ¿Pus onde?

— Al pelo, chavó, pero procura tenerte, *pa* que sirva la *lisión*.

Y diciendo así, al borrico dando voces espantó; mientras que el chico, pensando que era un peligro sin ton el salir por las orejas, las espaldas le volvió.

Pero con el movimiento del galope, el zagalón se halló pronto junto al rabo, y con fuerza á él se agarró, repitiendo á grandes voces:

— *Pare, pare*, por favor, que me traigan otro burro, porque este ya se acabó.



Entre graciosos.

— ¿Cuál es la primera hora que dará?

— La una.

— ¿Y la otra?



Las mujeres son el diablo porque los hombres se empeñan en ser dioses.



A una señorita jorobada, muy necia y que hacía muchas carantoñas á cierto elegante *sportman*, le dijo un día éste:

— Jamás me decidiría yo á darle á usted mi mano, por mucho que la amase. Y vea usted, es una puerilidad, pero temería confundir en sueños su espalda con mi silla de montar.

— ¡Ay, pues mire si pensamos diferentemente! Es tanto lo que yo le quiero, que siento envidia y celos de su silla cuando pasa usted por delante de mis balcones.



Un labriego tomaba el sol, entreteniéndose en jugar con su hijo, muchacho de tres años, rechoncho y mofletudo.

Acertaron á pasar dos gitanas y por no perder la costumbre, propusieron al buen hombre que se dejara leer en la palma de la mano.

— Ya os estáis largando de aquí — contestó él con gesto expresivo.

Las gitanas insistieron:

— No seas *desaborio*, y deja que te digamos lo que va á ser de la gloria de ese ángel. ¡Qué resalao, pues si será papa, *ú* general, *ú* emperador, *ú* obispo. Es la fija.

El labriego se levantó irritado, amenazando con echarlas á puntapiés, y ellas tuvieron el buen acuerdo de retirarse.

No sin que le gritaran con furia.

— ¡Anda, mala sombra, que buen castigo te dieron largándote ese renacuajo con cara de *vegetorio*! ¡A cualquier hora llega á *ná*, ni á *verdugo*!



Guitarra numérica

7 6 7	letra
2 1 4	animal
1 4 5	mineral
5 2	musical
6 9	artículo
1 2	consonante
3 7	ídem
7 6	pronombre
7 5 6 7	consonante
7 8 8 7	ídem
3 9 5 2	juego
5 7 2 6	adjetivo
5 9 8 9	animal
2 4 3 9	parte animal
1 2 8 4	» humana
5 2 1 4	goma
6 9 5 2	nombre de mujer
7 6 5 4	pronombre
8 9 3 4 8	infinitivo
1 2 3 4 5 6 7 8 9	título

M. FERRÁN.



Tarjeta

Celestina Condell

Con estas letras debidamente combinadas, formar el título de una comedia castellana.

ZARAGATEFO.

Charada

Tres cuatro, chica tres dos
y de bella dos tres cuatro
es la todo prima hermosa
que pasea por el Prado.

A. SÁNCHEZ CARRERE.

Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

SALTO DEL CABALLO.—Brilla á los rayos del día,
el mar, cual si de oro fuera.
Hermanos, cuando me muera,
sepultadme en su onda fría.

CHARADA: Calabaza.

JARRO NUMÉRICO: Familia.

Correspondencia

Figarillo.—Zaragoza.—No me parece peor; pero francamente creo que lejos de favorecerle, le perjudicaría publicándolo. Otro esfuerzo. Si cuida usted el estilo y escoje asuntos de miga, verá usted como progresa. Y sobre todo, amigo, mucho estudio, mucho estudio. El pseudónimo que escogió le obliga á hacer algo más que pinitos.

Aristóteles.—Moguer.—Llama usted articulito á una

composición poética y después me indica que la publique con iniciales. ¡Ay, qué graciosos son ustedes los poetas!

P. D. F.—Valencia.—Otro que no quiere descubrir el nombre. ¡Pero si vieran ustedes el efecto que me producen las iniciales al pie de un trabajo! Se me figuran los artículos maletas facturadas á gran velocidad.

Teutón.—Barcelona.—En cambio usted me manda con su nombre de pila y sus dos apellidos un artículo de Mesonero Romanos, que sobre ser del *Curioso Parlante*, está publicado en LA SAETA ¡Inconvenientes de no guardar la colección entera! Lo que más gracia tiene es que usted le ha cambiado el título, y cuelga al inmortal unas faltas ortográficas en que Mesonero Romanos no incurriría ni aun en la época feliz en que iba á la escuela.

J. P. C.—Habana.—Muchas gracias. Estimo en lo que vale la merced y la atención.

E. L. de M.—Toledo.—Amabilidad se escribe así, con b, naturalmente. Y va de iniciales.

M. A.—Madrid.—Pues sí, lo repito, me gusta presentar gente nueva y lo tengo bien probado; pero es preciso que la gente nueva... no trate de tomarme el pelo á mi. Diga: ¿usted se llama así, como firma? ¡Qué afán en ocultar el nombre! Son ustedes verdaderamente modestos. El articulito es bastante incorrecto, pero pudiera ser publicado. Descúbrase usted, que yo soy como los confesores; y sobre todo, ¿palabra de que es inédita y original?

Cucufate.—Barcelona.—¡Hombre, Cucufate, qué pillines somos Taboada, usted y yo!

Pepin.—Barcelona.—¿Conque usted me ha saludado por la Rambla una porción de veces? Pues seguro que yo habré correspondido al saludo; porque la educación es una prenda que no me dejo nunca en casa; la llevo á diario como los calcetines.

Gedeón.—Madrid.—Medianeja. Pero huya usted de esos chistes atrevidos. Ya han pasado de moda.

F. C. F.—Valencia.—Se dan sotas. Digo, se dan iniciales. En fin, mande la firma y veremos. El epigrama me gusta.

R. P. N.—Barcelona.—Más iniciales. Pero ¡qué empeño en que yo no me entere de la sal que les echaron á ustedes en la Parroquia!

Columpio.—Badalona.—¿Usted también roba? El mal no me lo hacen á mí; á ustedes mismos. ¡Me cuesta tan poco trabajo exponerles á la vergüenza!

C. V. A.—Guadix.—¿Más iniciales? Acabemos, pues han conseguido ustedes aburrirme.

D. V. S.—Madrid.—T. U. Q.—Barcelona.—Pito.—Barcelona.—L. T. O.—Ondara.—Cono.—Toledo.—A. Q.—Barcelona.—N. C. G.—Madrid.—J. A. P.—Valencia.—Como me falta espacio, no puedo decirles uno á uno por qué no sirven sus composiciones.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

TOSSES REBELDES
CATARROS
BRONQUITIS
TISIS

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL

De venta, en la Farmacia Universal, Calle Escudillers, núm. 61, y Gignás, núm. 32

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año 11 >

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 >

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LIBROS

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) mediante una combinación con la empresa editora de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** ha puesto á la venta las obras por la misma publicadas á **VEINTE céntimos** cada volumen, cuyo precio fuerte era de **Una peseta**.

Las obras publicadas, á las que seguirán otras de reputados autores, son las siguientes:

Del Vizconde Ponson du Terrail.	La Viuda de Sologne	1 tomo
De Paul Feval.	La Daga misteriosa	1 tomo
De Idem	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Ponson du Terrail	Odio de Raza	1 tomo
De Erckman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Ponson du Terrail	Novela de un Joven pobre	1 tomo

SE PUBLICARÁ AL MENOS UN TOMO MENSUAL

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.
Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA**
ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona

LA SALETTE



20 cénts.

Núm. 383

